

**"Vamos a ver, hombre, vamos a ver... ¿Dónde tienes escondida la «tartamuda» con la que te cargastes al cajero?"**

**"A veces, en la vida, tienes que elegir: estar de aquel lado o de éste, ser «choro» o ser «madero». Yo escogí este campo"**

Por Arturo PEREZ-REVERTE

Fotos: Miguel GARROTE

# CAZADORES DEL ASFALTO



**E**N la calle, los coches desfilan en silencio entre reflejos de neón en el asfalto mojado, bajo las luces roja, ámbar y verde de los semáforos. El «canuto» emite un carraspeo.

—Jota Nueve A y Jota Nueve B para Jota Nueve...

A través de la radio, los cazadores coordinan sus movimientos en torno al objetivo. Algunos están ya montando la «troncha», la espera, frente a cualquier portal, el cuello del chaquetón subido hasta las orejas, las manos en los bolsillos y los ojos clavados en el recuadro iluminado de una ventana.

Tazas de café e insomnio, ojeras, una copa a las dos de la madrugada a medio camino entre troncha y troncha, entre jari y jari. Centiceros repletos de cojillas, humo. «Vamos a ver, hombre, vamos a ver... ¿Dónde tienes escondida la tartamuda con la que te cargaste al cajero?... La lumi que sonrie al coche, el camello que jarga la farlopa y se abre rápido, porque ha manchado a los maderos... «En este barrio nos tienen ya muy mordidos. Se saben de memoria las matrículas de todos los coches que usamos... La rutina. La acción.

**● TOCAR TODOS LOS REGISTROS**



El Grupo Noveno es uno de los doce que integran la Brigada Regional de Policía Judicial de Madrid. Sus componentes, cuya edad media no rebasa los veintiséis años, son todos voluntarios, como en el resto de la Brigada. «Pringue con gusto no pica, colega... Viven prácticamente en la calle, son lobos que conocen el asfalto como la palma de la mano, que cazan habitualmente en parejas —los «troncos» suelen ser hijos— y que a veces se unen en grupo, en manada, para participar en las grandes acerías. Café. Tabaco. A veces, alcohol. Para ellos no hay descanso a horas determinadas; en el «Punto Cero», su base de la Puerta del Sol, se les ve llegar al amanecer, agotados, con barba de varios días, maldiciendo de la calle, del calor, del frío, del cansancio, descabezar un sueño sobre el viejo sofá del grupo y volver a salir un par de horas más tarde para relevar a los compañeros que siguen en la calle, a la espera.

La espera. La «troncha», como la llaman ellos en su jerga, mezcla pintoresca de jerga policial con el habla de los delincuentes que tratan a diario... «Dos macocos muy perros se estaban haciendo un coba, y en eso pasamos mi tronco y yo con el rodante. Así que tiramos de fuska y se ligó un jari de abuten...» Para los «maderos» del Noveno, como para el resto de los hombres que integran la «Pringue», la Brigada, la espera constituye el noventa por ciento de su trabajo. Averiguaciones, seguimientos, consultas a los archivos... Durante todo ese tiempo se detecta, se sigue, se sitúa a la presa. Porque no basta con averiguar su identidad y ponerle las espaldas al viento en las pezuñas. Aquí, el delincuente hay que ligarlo de marrón», cuando lleva en «ma las huellas del delito. De lo contrario estará en la calle, tendrán que «darle bola» al día siguiente. Y el trabajo de tantos días, tantas horas de vela, de espera bajo el frío, el calor o la lluvia, todos los riesgos corridos, no habrán servido para nada.

Atracadores. El Noveno está especiali-

—Esta noche tenemos un jari. La mesa está cubierta de fichas de identificación, fotografías de frente y de perfil, informes mecanografiados, números de matrículas de coches. Luis es de Soria, tiene treinta y siete años, es el jefe del grupo y lleva al cinto una Brno de 26 tiros. A su alrededor hay diez rostros graves, a veces mal afeitados, con pelo largo, jóvenes, que introducen balas en los cargadores de sus armas y se acercan a la mesa a echar un último vistazo a las fotos de los hombres a quienes van a dar caza esta noche.

—Ojo con ellos. Son muy bravos y van enfuscados.

zados en asuntos de este tipo, aunque en el curso de su trabajo diario tenga que vérselas con ejemplares de toda la variopinta fauna del bajo mundo madrileño, desde carteristas hasta traficantes de droga. A eso se llama, en jerga del oficio, «tocar todos los registros». Aquí se trata con gente dura, con delincuentes acostumbrados a hacer daño, para quienes matar no supone excesivo cargo de conciencia, con gente de navaja y gatillo fácil. No es un trabajo para angelitos de coro.

**● LOS MOTIVOS DEL MADERO**

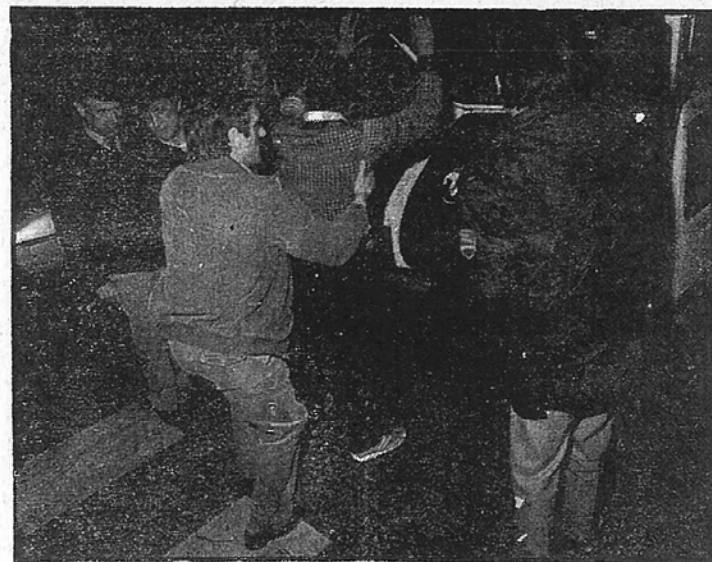
¿Por qué policías y no abogados, empleados de Banca, ingenieros de algo? Para «Carlos» —casi nadie se llama por su nombre en el Noveno— la cosa estuvo clara desde el principio: «Quise ser madero desde

que era niño. Jamás pensé en que pudiera haber sido otra cosa... Otros, como Joaquín, un cachazudo sevillano, o como «Larios» —pelo largo, más aspecto de navajero que de policía— llegaron a esto siguiendo la tradición familiar: «Tú sabes, oye, cuando lo mamas desde que eres un chaval, con un padre al que admiras porque se juega el pellejo por un sueldo de cuatro duros, no tienes más remedio que seguir los pasos del viejo...» Para «Cartago» —bajo y cuadrado, bíceps como jamones—: «Hay un momento en la vida, cuando comprendes que ésta se parece mucho a una jungla de asfalto, en que a veces el hombre tiene que elegir: estar de aquel lado o de éste, ser choro o ser madero. Yo escogí mi campo...» Otros llegaron a esto de forma más convencional: malos estudiantes, «rebotados» de carreras universitarias, ex semina-

ristas, suspendidos en los exámenes, que gresco a la Academia Militar... «¿Sabes? Intenta alguien—. Hay quien vino a la policía en busca de un seguro de vida, un trabajo estable, arropado. De ellos muchos descubrieron que ésta era su vocación, ya estaban dentro. Otros se limitaron a buscar un destino tranquilo, a ir tirando sin complicarse la vida. El general ese no es el caso de la Pringue. Aquí, en la Criminal, todos somos marciales y curramos a tope. Y, además, cobio, nos gusta este condenado trabajo.

También existe la decepción. Muchos de estos hombres tienen ojos de viejos, rostros que todavía no han cumplido treinta años. Como si a veces se ven a sí mismos realizando un trabajo que no siempre creen, para una sociedad que no siempre los comprende ni los respeta un trabajo, al fin y al cabo, que cumple al límite de sus posibilidades, pero son profesionales. «También suceden, con cierta frecuencia, que uno llega a la policía cargado de ilusiones y de ideas, tupendos, creyendo que esto es una vida de cofradía de boy-scouts, donde todo el mundo es conojuno y Dios y la ley se manían a los buenos y castigan a los malos... De pronto un día uno se cae de nube y comprende que no es así, que el trabajo, como todo en la vida, tiene un lado chungo. Entonces deja de creer en los reyes magos y en la virginidad de la madre. El que no es legal, pasa de ser bueno y se embosca. Y el que es un tipo más o menos decente, deja a un lado las grandes ideas y se dedica a hacer su trabajo mejor que puede... Se limita a procurar ser un buen policía, y no te creas, siempre lo dejan a uno.»

En casa hay una mujer que se llama Lola, Carmen, María, y que es cosa de la troncha, con el jari, con la placa y la pistola. Una mujer que ya no vive cuando los compañeros van a buscar su hombre a las cuatro de la madrugada «para un servicio», que ya está acostumbrada a verlo regresar, borracho, o amargo, triunfante o abatido. Una mujer que se estremece cada día cuando enciende la pistola antes de salir a trabajar. Una mujer que a menudo debe arreglárselas sola con los hijos, con los problemas de la casa, con la vida llena de esperanzas y de esperas, y que a veces se desahoga de noche en el lecho solitario porque lo ha soñado a él con las tropas aere en cualquier callejón oscuro del arrabal de Madrid.



Detención de un peligroso atracador. Esta vez coopera la Policía Nacional